

es preciso buscar en los centros ópticos.»—La limitante está constituida exclusivamente por la reunión en membrana continua de los extremos internos de las fibras de Müller y ella es una cutícula hialina y correctamente contorneada, cuya cara interna es libre, mientras que la externa recibe el cono terminal de las citadas fibras (Cajal).

---

CAPITULO XXXV.

*Reflexiones sobre la perfectísima constitución del sentido de la vista.*

Suponiendo un imposible, el que fuésemos tan sabios como Dios sería como podríamos llegar á entender claramente, como se ha verificado en la Creación esa formación de las cosas destinadas á cumplir los grandes y admirables fines que Dios se propuso obtener, cuando quiso obrar de tal manera, que se hubiera podido conseguir que esas cosas se relacionaran perfectamente entre ellas para ejercer actos que constituyen las grandes funciones de la economía universal. ¿Para qué fué creada la luz? Para que fuera manifiesta la bondad y la belleza de la Creación, al mismo tiempo que alumbrando á los entendimientos con la percepción de la esplendidez de lo creado, comprendieran ellos cuál es la grandeza de la Sabiduría eterna que es la que positivamente disipa las tinieblas de la ignorancia, porque la ciencia verdadera que reconoce á Dios, es la luz que hace percibir al entendimiento al Sol de la Sabiduría, como la luz hace que el ojo vea la fuente de donde emana la claridad del día. La luz, que se me permita repetir lo que indiqué en otro lugar, se hizo para que el ojo viera, este es el órgano de la visión y es tan bello y tan perfecto, porque está destinado para ser impresionado por la bondad y la belleza de la luz, como el cerebro es tan excelente por ser el órgano formado expresamente para servir á el alma, criatura sublime por ser la imagen y semejanza de Dios. Sabiendo pues para qué es el ojo, ya

no es posible dejar de hacer las reflexiones que sugieren las relaciones que se encuentran, al estudiar la constitución de todo el aparato de la visión, entre las partes que le constituyen y los fines para que fueron destinadas estas partes. Esas reflexiones nos conducen á confesar que necesariamente tuvo que intervenir la inmensa sabiduría de Dios para que hubiera sido tan perfecto el aparato de la visión.

Desde los párpados y cejas como protectores muy bien proyectados, desde la córnea hasta el centro de percepción en donde toma su origen el nervio óptico, nada se encuentra reprochable, ni en cuanto á la estructura de cada cosa de los componentes del aparato, ni en cuanto á su naturaleza y configuración, ni tampoco en lo que respecta al lugar en que cada una está colocada. Los medios transparentes, con sus diferentes índices de refracción tan bien calculados, el aparato de acomodación tan bien dispuesto, todas las condiciones en suma necesarias para que las imágenes se pinten siempre en la retina, se encuentran en esa magnífica cámara oscura, la cual sabe sola afocarse, no importa esté lejos el objeto que deba retratarse, ó que se encuentre próximo al ojo. La naturaleza dicen, los que nunca quieren pronunciar el Santo nombre de Dios, es muy sabia. ¿Y qué es lo que quieren dar á entender con esa palabra naturaleza, quienes desprecian al Criador? Para unos expresa la casualidad, para otros la eficacia creadora del medio preexistente á las cosas, que es lo que hoy es más de moda creer ó aparentar creer. Entonces, considerado el asunto de la creación de esta manera, el aparato de la visión, preciosísimo por sus grandes perfecciones, existe en los animales porque ellos están en medio de la intensidad de la luz; el animal que carece de ojos es porque se encuentra en las tinieblas. Pero no hay un solo medio, hay varios y cada uno ó es cosa ó proviene de cosas, como es la luz que proviene del sol, y tales cosas de dónde vinieron, cómo aparecieron, cuándo fué su principio? No negamos la influencia que el medio tiene sobre las cosas, pero es ciertísimo que todo tuvo principio por la creación, pues como dice Cesar Cantú «Sólo él (el génesis referido por Moises) entre todas las cosmogonías establece una diferencia entre la creación de la materia y su organización, entre el principio en el cual aquella comienza á existir, y la *incubación* que ejecuta el

espíritu de Dios, hasta que la pone en actitud de formar las estrellas y los planetas. Lo primero no podía ser más que un acto instantáneo de la voluntad omnipotente; lo segundo se verificó mediante la sucesión de los tiempos y lo vemos proseguir hasta hoy en las nebulosas, que son mundos en estado de formación.» No haciendo caso de Moises, no es posible conocer el principio de las cosas.

Los que admiran á la naturaleza creadora, tal cual entienden ellos, no pueden negar la perfección de las cosas y por tanto tienen que calificar á la naturaleza de sabia, porque no pueden prescindir de dar por hecho que las cosas no se hicieron por sí mismas, tan buenas como son, y todo lo que es bien hecho, requiere el saber en el que lo hizo, por eso dicen pues, la sabia naturaleza para evitar el decir el sabio Criador. ¿La naturaleza es sabia, lo confesais? Pues decid, la naturaleza es Dios, y entonces seréis hombres francos y ya podreis conmigo alabar á Dios, que hizo el ojo con el cual podeis ver las obras que se encuentran en esa naturaleza que calificasteis de creadora por no haber querido decir Dios; no dejéis ofuscar vuestro entendimiento por sugestión diabólica, haciendo creer un absurdo, para que no podais confesar que á las obras de la creación presidió una sabiduría inmensa con una Providencia Omnipotente, siendo las cosas creadas buenas por razón obvia de tener que serlo, siendo creados por ese Poder providente de Dios, que al verlas dijo que eran buenas. El que sabe cuántas son las moléculas que componen á cada cosa y conoce su naturaleza. «El Dios eterno, inmenso y de poder infinito hace cosas grandes é inescrutables en el cielo y en la tierra; y sus obras admirables se ocultan á toda investigación.» (Kempis). La mirada de Dios penetra hasta lo más oculto en el centro de las cosas, mas si esto es admirable, mucho más es que antes de crearlas ya había al querer hacerlo previsto cómo se habían de formar al mandato de su palabra: su contextura su naturaleza, sus funciones, etc., nada escapó á la previsión de Dios antes de crear y todo obedeció en el acto de la creación, á la voluntad divina de hacerlo todo bueno. Por tanto, el ojo hecho para ver la luz, la luz creada para el ojo, fueron efectos de aquella eficazísima y sabia palabra *fiat*, y vió Dios que la luz era buena, y los anatómicos, los histologistas, los fisiologistas, los físicos, admiran la excelencia del ojo, obra magnífica, in-

escrutable, porque por más que sepan que los bastones de la retina sirven para que el sujeto aprecie la intensidad de la luz en sus diferentes grados y que los conos están allí para saber distinguir los colores, nadie se atreve á explicar, porque no lo entiende, qué les pasa íntimamente á los bastones con la mayor ó menor intensidad de la luz, ni á los conos con la excitación que cada color les causa. Lo que sí sabemos es que el ojo tiene un magnífico aparato dedicado á recibir sin perder ningún detalle, las impresiones que en él causan los rayos luminosos que se desprenden de cada punto de la superficie de un objeto á que conducidos por las fibras del nervio óptico llegan y los tuberculos cudrigeninos anteriores en donde encuentran los penachos protoplasmáticos periféricos de unas células nerviosas que existen en estos tubérculos: allí es el lugar en donde el ojo, ó el sujeto se impone de lo que está pasando en la retina. Que cambien las imágenes en la superficie receptora de las impresiones, en el instante se disipan las anteriores, y de la misma manera con igual celeridad cambian en el centro las percepciones, como sucede por ejemplo en la sucesión de impresiones que producen en la retina las letras durante la lectura.

¿Y cómo es posible, ¡Dios mío! que haya hombres que no quieran dirigir su vista al cielo para darte gracias con los ojos, porque ven, no por otra causa más que porque supiste hacerlos tan perfectos? ¡Ah, Creador mío! Ven tus obras, mas el enemigo se sienta en los órganos de percepción de esos infelices para ocultarte á tí, Sol de Sabiduría. A ese eclipse, debes temer, hombre despreocupado, porque es anuncio de la mayor de las desgracias que puedan sobrevenirte, si persistes en tu ceguera: la pena infinita!

